



Abiertamente hetero

(Openly Straight)

Bill Konigshberg

TRADUCCIÓN DE ANA RAMÍREZ REQUENA

Kakao  books

Primera edición: Febrero de 2020

Título original: *Openly Straight*

Editorial original: Arthur A. Levine Books

© 2013 by Bill Konigsberg

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2020

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Inma M. Guillamón

Traducción: Ana Ramírez Requena

Correcciones: Anabel Martínez Álvarez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-120288-4-3

Depósito legal: B 824-2020

IBIC/Thema: YF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Para Chuck Cahoy, siempre.





Si por mi padre fuera, mi vida entera estaría en vídeo.

Con cualquier cosa que hago, coge el teléfono y le grita a mi madre:

—¡Opal! Rafé está comiendo cereales. Esto hay que filmarlo.

Dice filmar como si, en vez de un iPhone, tuviera todo un equipo de rodaje grabándome.

Por eso, en cuanto aparcó su Saturn Vue híbrido frente a un enorme edificio de piedra y bajé del coche para observar mi nuevo hogar por primera vez, no me sorprendió que lo primero que hiciera fuera coger el móvil.

—Haz como si acabaras de llegar a casa después de estar tres años en el extranjero con el ejército —dijo con el ojo izquierdo oculto detrás del teléfono—. Haz cabriolas.

—No creo que los soldados hagan cabriolas —le dije—. Y no.

—Valía la pena intentarlo —contestó.

El que caso es que nadie ve esos vídeos. Le he visto grabar horas y horas, pero nunca le he visto mirando ninguno de sus vídeos, ni tampoco ha cumplido su amenaza de subirlos al «Feisbus», como él lo llama.

—Como no guardes ese trasto, te lo tiro —le dije—. En serio, ya está bien.

Se apartó el teléfono del ojo y me lanzó una mirada herida, inmóvil sobre sus sandalias de cuero y sus rodillas protuberantes que brillaban bajo el sol.

—No se te ocurrirá tirar a mi niño.

—Papá, tu niño soy yo.

—Ya, bueno, pero tú no grabas vídeos.

Se guardó a su otro niño en el bolsillo y nos quedamos el uno junto al otro admirando la fortaleza de piedra donde dormiría a partir de ahora, la Residencia Este. A nuestro alrededor había familias descargando cajas y maletas en la acera, y chavales estrechándose las manos y chocando los puños como si fueran viejos amigos. Hacía bochorno y el único cobijo que había del sol era un inmenso roble cerca de la entrada principal. Algunos padres estaban sentados en la hierba, observando las idas y venidas de los coches a la residencia. Las cigarras cantaban y zumbaban, y su cacofonía invisible me atronaba el oído interno.

—En Boulder no tenemos nada parecido —dijo papá señalando el viejo edificio, que probablemente se construyó antes incluso de que Boulder fuera una ciudad.

—Y que lo digas —contesté, aunque las palabras casi se me atascaron en la garganta.

Sentí como si los deberes a los que tanto esfuerzo dediqué, como si todos los sobresalientes que saqué hubieran sido por una razón. Y por fin la tenía delante: mi oportunidad para empezar de cero. Aquí, en Natick, podría ser simplemente Rafé. No el extravagante hijo de los chiflados Gavin y Opal, no el chico «diferente» del equipo de fútbol, no el niño abiertamente gay que lo tiene todo clarísimo.

Puede que esa fuera la impresión que yo daba desde fuera. A ver, que sí, salí del armario. Primero con mis padres, cuando tenía catorce años, y después durante mi primer año en el instituto Rangeview. Al parecer era un centro *abierto y tolerante*, un *lugar seguro*. Después, hubo una reunión con el equipo de fútbol y ellos también se enteraron. Familia lejana, amigos de amigos... Rafe. Gay.

A nadie le explotó la cabeza. No pegaron, amenazaron ni insultaron a nadie. Bueno, no mucho. Todo fue la mar de bien y eso es genial, pero...

Un día, cuando me levanté, me miré al espejo y esto fue lo que vi:

GAY GAY GAY RAFE GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY RAFE GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY RAFE GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY RAFE GAY GAY
GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY
GAY RAFE GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY GAY

¿Adónde había ido Rafe? ¿Dónde estaba yo? La imagen que veía era tan bidimensional que no me reconocía en ella. Era tan invisible en el espejo como lo fui en el titular del *Daily Camera* de Boulder del mes anterior: «La historia del gay del instituto».

La verdad es que había muchas razones por las que me había mudado a la otra punta del país para cursar mis dos últimos años

en la Academia Natick. Y algunas de esas razones habrían sido difíciles de explicar, digamos, a la presidenta de la Asociación de Padres, Familias y Amigos de Lesbianas y Gays de Boulder, porque ella no entendería que, aunque consiguió hacerle la vida más fácil a un chico gay, ese chico gay quería irse igualmente.

Y menos aún cuando la presidenta de dicha asociación es tu madre.

Puede que ocultara un poquito, aunque no era mentira que quería entrar en una universidad como Harvard o Yale. A mamá le preocupaba que un internado masculino fuera un entorno homófobo, pero le enseñé que en Natick no solo tenían una Alianza Gay-Hetero, sino que el año anterior habían invitado a un exjugador de fútbol americano gay a dar una charla. Había un artículo al respecto en el *Boston Globe*, donde se explicaba que incluso un centro como Natick se estaba adaptando al «nuevo orden mundial», en el que no pasa nada por ser gay. Y así se quedó tranquila. Lo que ella no sabía era que ese lugar iba a darme la oportunidad de vivir una vida sin etiquetas.

La noche anterior, papá y yo habíamos cenado en un restaurante vietnamita de Harrisburg, Pensilvania. Él no se dio cuenta de que, mientras nos comíamos los fideos de celofán y el pollo picado envuelto en lechuga, yo me despedía en silencio de aquella parte de mí: mi etiqueta. Aquella palabra que me definía como una única cosa ante los demás.

Me constreñía. Mucho.

—¿Por qué no me dices a qué le andas dando tantas vueltas antes de que te marees? —preguntó papá.

—Solo estoy reflexionando —le respondí. Estaba pensando en cómo las serpientes cambian de piel cada año y qué genial sería si la gente pudiera hacerlo también. De hecho, eso era lo que yo estaba intentando hacer.

A partir del día siguiente tendría una piel nueva, y esa piel podría tener cualquier aspecto y sería distinta a cualquier otra cosa que hubiera vivido antes. Era como si fuera a renacer. De nuevo. Pero, a ser posible, no como en Daredevil.

Papá abrió el maletero y empezó a dejar mis mochilas y cajas sobre el cálido asfalto. El sudor que se me acumulaba en la frente me caía sobre el labio superior mientras me esforzaba en levantar una caja que había estado debajo de las mochilas. Era un calor húmedo, algo en lo que me fijé por primera vez cuando llegamos al Medio Oeste, quizás a Iowa. Nunca había estado al este de Colorado antes del viaje, pero ahora ahí estaba, a punto de vivir en Nueva Inglaterra.

Tuvimos que hacer cuatro largos y sudorosos viajes por las escaleras hasta el cuarto piso para llevar todas mis cosas al dormitorio. Mi compañero de habitación, un tal Albie Harris (según el correo electrónico que recibí), no estaba, pero en cuanto abrimos la puerta, vimos claros indicios de su presencia. Vaya que sí.

El lado de la habitación de Albie era un desastre, como si hubiera habido un terremoto. La decoración era bastante normalita: suelo de linóleo, dos mesas juntas de madera de imitación y dos armarios blancos a los pies de dos camas individuales de estructura metálica en lados opuestos de la habitación. Pero también había una caja de cereales para niños abierta y cuyo contenido se había desparramado por el suelo. Una almohada sin funda había viajado hasta la otra punta del cuarto y había acabado debajo de mi cama, junto con una camiseta negra, un libro de ciencias y lo que parecían unas gafas con una nariz y un bigote falso. Puede que hubiera llegado un día antes que yo, porque las residencias abrieron justo el día anterior, pero ya había por lo menos cinco latas de refresco debajo y alrededor de su cama deshecha. En el

centro del dormitorio había dos maletas abiertas y todavía llenas de ropa que rebosaba en todas direcciones. Sobre su mesa, había un par de *walkie-talkies* y una especie de radio con un montón de botones. También tenía colgado sobre su cama un póster enorme y amenazador de un coche explotando. En la parte inferior, en letras grandes y sangrientas, podía leerse SURVIVAL PLANET.

Miré a mi padre con los ojos bien abiertos; él, por su parte, tenía esa media sonrisilla que pone cuando está saboreando algo que podrá usar más adelante. Yo soy de los que siempre guardan gamuzas atrapolpolvo de reserva y él me conocía lo suficiente como para saber cuánto me horrorizaba encontrarme en esa zona catastrófica.

Me dejé caer sobre la cama que mi compañero no había tocado. Papá se quedó en el umbral de la puerta, sacó el iPhone y yo solté un quejido.

—La pareja perfecta —dijo mientras tomaba una panorámica con el móvil.

Nada me molestaba más que el hecho de que mi padre tuviera una opinión y que luego encima tuviera razón. Durante cuatro meses, y con más vehemencia durante los 3482 kilómetros que acabábamos de recorrer en coche, me había dicho que me estaba equivocando. Ese habría sido mi momento para negarlo, para insistirle en que el que se equivocaba era él, pero parecía inútil discutir. Si mis padres hubieran podido pagar a mi compañero de habitación para que mi dormitorio nuevo me pareciera el peor hogar posible, ese habría sido el resultado.

Así que me rendí. Puse la cabeza entre las manos y la sacudí exageradamente, como si estuviera muy disgustado.

—Esto no pinta bien —murmuré.

Papá se rio, se sentó a mi lado y me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Bueno, las cosas son como son —dijo él, en plan gran filósofo.

—Lo sé, lo sé. Yo tomo mis propias decisiones y vivo con las consecuencias. Soy libre para cometer mis propios errores —contesté.

Él se encogió de hombros y dijo:

—El universo es infinito.

En el idioma de mi padre, eso significa: «Solo soy un tío normal, ¿yo qué sé?». Se puso en pie y continuó:

—¿Quieres que te ayude a instalarte? —preguntó con tono de señor que tiene por delante un viaje de vuelta de 3482 kilómetros y al que ahora mismo le apetece bien poco meter polos en cajones.

—Ya me apaño —le dije.

—¿Seguro?

—Sí.

Papá se acercó a la ventana, así que le seguí. Mi habitación estaba en la parte trasera de la residencia y daba a un enorme césped. Fuera había chicos lanzándose *frisbees* y congregándose en pequeños grupos. Chicos, todos chicos, la mayoría pijos. Todo muy estilo conservador de Nueva Inglaterra. No era muy distinto de las fotografías que había visto y que fueron las que despertaron mi interés. Aunque sí era muy distinto de lo que podía ver de mi compañero de habitación.

—¿Estás seguro que este lugar es adecuado para ti? —preguntó.

—Estaré bien, papá. No te preocupes por mí.

Miraba por la ventana con la vista perdida, como si ese sitio le causara tristeza.

—Seamus Rafael Goldberg. En la Academia Natick. No sé por qué, pero no me suena bien —dijo.

Sí, me llamo Seamus (se pronuncia «Sheimas») Rafael Goldberg. Imagínate tener ese nombre con cinco años. De pequeño me lla-

maban Seamus y después, Rafael (que casi era peor). Sobre esa edad decidí que me llamaran *Rafe* y he insistido en ello desde entonces.

Papá cruzó la habitación, dejándome solo en la ventana, y vi cómo un chaval lanzaba un *frisbee* a casi cincuenta metros. Hice una mueca cuando vi que papá me apuntaba con la cámara.

—Venga. Un vídeo para tu madre.

Me encogí de hombros y me acerqué al centro de la habitación, justo donde estaban los cereales derramados, y los señalé como si fuera un guía turístico del Gran Cañón. Después, troté hacia la cama de mi compañero de habitación, uní las manos y apoyé la cabeza sobre ellas, como diciendo: «¡Estoy enamorado!».

Con el iPhone aún grabando, volví a la ventana intentando que me saliera alguna pose graciosa. Pero entonces pasó algo raro: noté como un pinchazo en el estómago y me mordí el labio. Yo no soy mucho de arrebatos emocionales, por eso se me hizo tan raro. Pensé que me vendría abajo y que empezaría a llorar, repentinamente consciente de que, en cuanto papá se fuera, no tendría sino desconocidos a mi alrededor. Papá debió de ver algo en mi lenguaje corporal, porque bajó el teléfono, se me acercó y me dio un abrazo empapado de sudor.

—Anda, que vas a ser una estrella aquí, Rafe —me susurró al oído.

Era una de esas cosas que él siempre me decía desde que tenía cinco años y me llevaban a la guardería. Sería la estrella del arenero, sería la estrella de la orquesta de primaria y, ahora, me iba a convertir en la estrella de Natick.

—Te quiero, papá —le dije con la voz un poco entrecortada.

—Ya lo sé. Nosotros también te queremos, hijo. Venga, sal y cómete el mundo —dijo casi tropezándose con la caja de cereales mientras me soltaba y se dirigía a la puerta—. Échate un novio.

Me puse en tensión. Aquello no era exactamente lo que quería soltar a los cuatro vientos durante mi primera hora en Natick. Algunos chavales pasaban por allí, pero nadie se paró ni miró.

—Dale un abrazo a mamá de mi parte —dije, y le abracé una vez más.

—¿Un último vídeo para el camino? —me preguntó, apuntando su iPhone hacia mí otra vez.

Me oculté la cara con las manos, como si fuera un famoso harto de que le hicieran fotos. Algo de verdad había; no porque yo fuera famoso, sino porque estaba hartísimo de estar delante de una cámara.

Cuando eres el hijo gay de Gavin y Opal, siempre te sientes como si alguien te estuviera mirando. No necesariamente con mala cara; simplemente te miran porque hay algo de ti que les resulta interesante y diferente. Pero lo que no sabes es qué están viendo, y eso es algo que puede hacerle perder la cabeza a cualquiera.

Papá pilló la indirecta y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Adiós, hijo —dijo mientras una sonrisa dulce e inimitable se le dibujaba en el rostro.

—Adiós, papá.

Y me dejó solo en mi nuevo mundo, observando la página casi en blanco que representaba mi lado del dormitorio.



Una cosa que no tuve en cuenta cuando imaginé el mundo idílico de Natick es que la realidad no incluyera aire acondicionado. El edificio era antiguo, supongo. Tenía la ventana y la puerta abiertas de par en par para ver si corría algo de aire, pero eso no ayudaba demasiado a refrescar la habitación sofocante ni a que yo tuviera menos calor. Así que, mientras metía la segunda mochila vacía en el armario, decidí darme una ducha, porque olía como si mi fecha de caducidad hubie-

ra vencido semanas antes. Un chico pasó corriendo por delante de la puerta, pero después oí que sus pasos eran cada vez más lentos hasta que se detuvieron. Volvió. Allí de pie, en mi puerta, vestido con una camiseta de tirantes azul marino, había un chico alto y atlético de cabello negro, ojos azules y unos hombros para morir.

—Eh, chaval —dijo—. Estamos preparando un partido abajo, ¿quieres...? ¡Hostia!

—¿Qué? —dije mirando detrás de mí.

—Te parece un montón a Schroeder.

—¿Al de Snoopy?

—¿Qué? No, al chico este, uno que se graduó el año pasado. Era superpopular. Podrías ser su hermano.

—Ah —musité con el corazón a mil.

—¿Soy el primero que te lo dice? —preguntó el chico revelando una hilera perfecta de dientes como perlas.

Le sonreí, deslumbrado por su presencia. Esperaba no haberme puesto colorado.

—Eres el primero en decirme algo. Eres la primera persona que conozco aquí.

—Anda, ¿en serio? Bueno, baja, que vamos a jugar a fútbol americano y nos vendría bien algún jugador más. —Me tendió la mano—. Me llamo Nickelson, Steve Nickelson.

—Rafe Goldberg —contesté.

—¿Te vienes?

—Eh... Claro.

La ducha podía esperar.